F
RD
2239
19890300

BANCO CENTRAL DE LA REPUBLICA DOMINICANA
BIBLIOTECA

AB-
CII/AB-
marzo 1989
Original:

DISCURSO DEL GOBERNADOR POR REPUBLICA DOMINICANA,
SEÑOR ROBERTO B. SALADIN SELIN
EN LA TERCERA SESION PLENARIA

Muy pocos entornos resultarían más favorables que la ciudad de Amsterdam, donde nos encontramos disfrutando de la fina hospitalidad del Ilustre Gobierno y pueblo Holandés, para lanzar una mirada hacia el futuro. El esfuerzo y la laboriosa dedicaciòn de los habitantes de este país a actividades tan delicadas y técnicas como la talla de diamantes y las construcciones navales, han permitido hacer de este bello lugar una ciudad industrial, hoy un orgullo del mundo.

Es, pues, esta Asamblea de Gobernadores ocasión propicia para externar un voto de aliento a los hombres y mujeres comprometidos con el desarrollo de América Latina, a fines de que surjan nuevas ideas para enfrentar y superar la crisis que por tanto tiempo nos ha venido afectando.

El horizonte histórico de esta Asamblea nos obliga a rendir un cálido homenaje a los forjadores del Banco Interamericano de Desarrollo al cumplirse treinta años de su creación y de estar comprometido éste con el desarrollo del Continente durante tres décadas que han sido un reto para sus pueblos y gobiernos.

Permítaseme, al iniciar mi exposición, externar algunas reflexiones sobre la preocupante situación de nuestra región dentro del contexto de la economía mundial, En tal sentido, resulta paradójico que el una vez llamado "Continente de la Esperanza" vislumbre para el año 2,000 a la mayoría de sus países con niveles de vida comparables a los de la década de 1970, y aún más sorprendente el que otros ni siquiera los alcanzarán. Revertir esta tendencia es el reto que tenemos los 440 millones de habitantes que ocupamos un lugar en este espacio llamado América Latina.

La creación de mecanismos multilaterales de ayuda para el desarrollo, así como la regulación del comercio mundial y las transacciones financieras internacionales, complementados con la promoción de políticas de crecimiento que habían probado ser exitosas en países industrializados, permitían augurar un desenvolvimiento estable de la economía mundial y de nuestro Hemisferio en particular.

Sin embargo, la realidad ha sido otra. La caída en los precios de los productos primarios; las alzas de las tasas de interés; la inflación y el efecto contraccionista de la mejoría experimentada en la Balanza de Pagos se tradujeron en una caída del producto por habitante. Creemos que resulta imposible sostener el crecimiento cuando los límites están por encima del sacrificio que puede soportar una población que recibía en 1981 aproximadamente US$57,200 millones de dólares en forma de préstamos para el desarrollo, comparados con los US$6,700 millones que recibió en 1988.

Bajo condiciones externas tan adversas, los países de la región tuvimos que reducir el déficit en las transacciones corrientes, con lo cual disminuimos sustancialmente la absorción de recursos desde el exterior y nuestra capacidad relativa para importar.

De esta manera, la supuesta mejoría de la Balanza de Pagos necesariamente ha tenido que traducirse en una contracción de la economía de los países latinoamericanos y en una reducción de la oferta global de bienes y servicios para atender una mayor demanda de la población en crecimiento.

Este sombrío panorama se agrava con la insostenible situación de la deuda externa. En los últimos siete años hemos transferido unos 26,000 millones de dólares anuales al mundo industrializado, constituyéndose en una pesada carga que retarda nuestra marcha hacia el desarrollo.

Aún más, el servicio de la deuda no ha hecho sino anular nuestras posibilidades de crecimiento. Analizando los principales indicadores macroeconómicos de los países deudores con flujo de pagos deficitario se desprende una triste realidad histórica, y es que aquellos que han confrontando dificultades para servir su deuda externa, equivalente a casi 300% de sus exportaciones de bienes y servicios, sumado a intereses y amortizaciones de aproximadamente 30%, han registrado un cero crecimiento en su Producto Bruto Interno real per cápita desde 1980, con una tasa de inflación promedio de 142% para 1988. En contraste, la minoría de los países que no han tenido inconvenientes en cubrir su deuda equivalente a alrededor de un 93% de sus exportaciones de bienes y servicios y un pago de intereses y amortizaciones equivalente al 14% de las mismas, experimentan un crecimiento del PBI real per cápita de más de un 4% promedio en el último año, y una tasa inflacionaria de aproximadamente seis por ciento. Los datos anteriormente señalados están avalados por el Fondo Monetario Internacional en el documento SM/88/180 del Apéndice Estadístico a las Perspectivas de la Economía Mundial.

El lógico corolario que se extrae de esta dramática situación es el aumento de las presiones sociales que amenazan minar los procesos democráticos de la región. La preservación y consolidación de las democracias latinoamericanas es una tarea que no puede dejarse a la responsabilidad aislada y exclusiva de nuestros gobiernos. En muchos casos cierta inflexibilidad de los países acreedores al momento de negociar o la tendencia a prestar oídos sordos a urgentes reclamos, ha contribuído al debilitamiento de regímenes auténticamente democráticos y

esto obviamente nos pesa y pesará a todos: ricos o pobres, sureños o norteños.

Muchas naciones de América Latina presentan una posición deficitaria en sus flujos de capital no sólo con la banca privada internacional y con las agencias gubernamentales de las naciones industrializadas, sino también con organismos multilaterales. Esta situación, de por sí grave, tiene su repercución en la creciente agitación social de la región, que se expresa mediante conflictos internos en el seno de los países que la conforman.

El comportamiento de las fuentes de recursos a que normalmente acuden Latinoamérica y el Caribe, se ha caracterizado en los últimos años por un aumento en la condicionalidad; en la reducción sensible en los montos a prestarse; en las limitaciones al acceso de los recursos y las oscilaciones de las tasas de interés cuyos resultados constituyen un aumento en las transferencias de capital de la región. A esto se añade una creciente condicionalidad de algunas agencias gubernamentales de países industrializados que sujetan el otorgamiento de recursos a la adopción de determinadas políticas macroeconómicas.

En lo que respecta a la situación de la economía dominicana, el escenario internacional desfavorable redujo sensiblemente las expectativas de un proceso de reactivación. El nivel de crecimiento del Producto Bruto Interno bajó de un ocho por ciento en 1987 a apenas un uno por ciento el año pasado. Junto a esto, durante 1988 nos vimos compelidos a realizar pagos por concepto del servicio prioritario de la deuda que absorbieron el 66% de nuestras exportaciones de bienes. Resulta sintomático que al 31 de diciembre de 1987 nuestra deuda externa alcanzó la suma de US$3,795 millones. Durante 1988 pagamos US$341 millones en compromisos ineludibles, y sin embargo, al 31 de diciembre de ese mismo ano adeudabamos US$3,844 millones, a causa del aumento en las tasas de interés y a la apreciación de las principales monedas duras en las que está denominada nuestra deuda.

El monto de la deuda externa de la República Dominicana a esa fecha superó en cuatro veces las exportaciones de bienes de ese año. Como ciertamente evidencian estas cifras, el país en aras de cumplir sus compromisos ha forzado el límite de nuestras posibilidades. Por ello, al igual que otros países de la región, estamos reclamando nuevos rumbos para el manejo del problema global de la deuda.

Dicha posición fue gráficamente definida por Su Excelencia el Dr. Joaquín Balaguer, Presidente de la República Dominicana, en su discurso de la Sesión Inaugural de la Décimosegunda Conferencia Anual sobre Inversión, Comercio y Desarrollo, celebrada en la ciudad de Miami, Estados Unidos de América, en noviembre de 1988: "El reto anunciado en Berlín para los países del Tercer Mundo no consiste en pagar la deuda pública sino primordialmente en lograr un crecimiento económico sostenido y un aumento del ingreso per cápita, suficiente para garantizar a nuestras masas desposeídas el derecho de comer, a vestir, a educar a sus hijos y a vivir bajo un techo decente. Son, en síntesis, dos retos y no uno como se dijo

en Berlín, que deben enfrentar los países del Tercer Mundo: Primer reto, vivir; segundo reto, pagar".

Por estas razones, en República Dominicana estamos explorando todas las posibles vías para tratar de reducir el monto de nuestra deuda externa y para promover inversiones en las zonas francas industriales, la agroindustria y el turismo, con el fin de incrementar el nivel general de la actividad económica. Actualmente estamos empeñados en promover cambios sustanciales en el perfil de nuestra base productiva mediante el desarrollo de los sectores indicados y una política de diversificación de las exportaciones que daran sus resultados plenos cuando se materialicen las significativas obras de infraestructura que se ejecutan hoy dia.

En el caso de nuestro país, a quienes han estado reclamando y aún reclaman programas de estabilización con ajuste y ahorro interno para financiar la inversión, el Gobierno Dominicano ha dado como respuesta la reducción sustancial de su gasto corriente para dedicar esos recursos a apoyar las actividades productivas. Es así como la presión tributaria pasó de siete por ciento en 1986 a 18% en 1988, y el ahorro interno de RD$524.2 a RD$2,898.6 millones, entre los mismos años.

Quisiéramos en este instante recordar que durante la Reunión Extraordinaria de Gobernadores que tuvo lugar en Hamburgo en septiembre del año pasado, se preveía que, de acuerdo a informaciones provenientes de la CEPAL, el año 1988 sería el peor de la década de los 80 para nuestra región. El Balance Preliminar de la Economía Latinoamericana en 1988 de la CEPAL confirma ese pronóstico. El Producto Interno Bruto de la región aumentó en apenas 0.7%, tasa menor a la ya muy baja registrada en 1987 e inferior también a la de crecimiento de la población.

El Señor Presidente del BID expresó el año pasado que "La década de los años 90 deberá ser la década de la modernización de la región si no queremos quedar marginados de la historia y sumergidos en la crisis sociales y políticas incontrolables". Esta constituye la máxima aspiración de nuestra América. A pesar de ello, en estos momentos nuestros esfuerzos se ven frenados entre otras causas, por los efectos provocados a partir de la aplicación de ciertas políticas macroeconómicas en las principales economías desarrolladas. Un ejemplo es el aumento de las tasas de interés internacionales. Según el citado informe de la CEPAL, a consecuencia de esta elevación de las tasas de interés, en 1988 los pagos netos de intereses de la región se elevaron en dos mil millones de dólares. A esto se añade el efecto del flujo negativo de recursos y la pesada carga del servicio de la deuda externa. El resultado de estas políticas es un casi cero crecimiento económico en el pasado 1988.

Este preocupante diagnóstico constituye el desafío que con el auxilio del BID todos debemos enfrentar. La interdependencia de la economía mundial nos empuja a la rápida adopción de patrones nuevos si se desea continuar en este cambiante escenario. Se requieren también rápidos cambios en las actuales políticas de los organismos multilaterales de crédito a fin de revertir la acusada tendencia de saldos positivos en sus relaciones con el

mundo subdesarrollado, para dar relieve a su primigenia condición de instituciones consagradas a promover y lograr el desarrollo de las naciones menos favorecidas.

La responsabilidad del BID como locomotora del desarrollo regional se acrecienta en las circunstancias actuales, no sólo como mecanismo canalizador de recursos, sino como agente activo que participa en la formulación de soluciones alternativas al problema de la deuda. Algunos países Latinoamericanos y del Caribe presentan saldos negativos en sus operaciones con el organismo, cuando otros han visto reducir sensiblemente sus saldos positivos. Esto constituye un motivo de preocupación, sobre todo en momentos en que se proponen cambios y aumentos en la condicionalidad para el otorgamiento de nuevos créditos. El reforzamiento de esta condicionalidad traerá como resultado mayores saldos positivos para el BID tal y como ha ocurrido con otros organismos multilaterales de crédito, propósito opuesto a los lineamientos que inspiraron la fundación de este importante Banco.

Señor Presidente, la necesidad de fondos de parte del BID para acometer la tarea de promotor del crecimiento regional, exige la rápida canalización de nuevos recursos a este organismo. En este sentido, consideramos esencial el Séptimo Aumento General de Recursos aunque no sujeto a nuevos esquemas que erosionen y dejen de lado la filosofía que dió origen al Banco. Si bien es cierto que se requieren transformaciones en determinadas políticas del BID para adecuarlo a los requerimientos perentorios de la región, esto no debe significar de modo alguno la adopción de mecanismos que en la práctica apliquen programas compulsivos o promuevan nuevas formas de condicionalidad. Consideramos también, como ya lo han expresado anteriormente otros gobernadores, que ante las dificultades surgidas en torno a la Séptima Reposición de Recursos deben buscarse fórmulas urgentes y adecuadas para aumentar significativamente los programas de préstamos del Banco, sin que ello implique un deterioro cualitativo del crédito. Por el contrario, los estándares de calidad que han caracterizado las operaciones del BID deben mantenerse e incluso mejorarse.

Pensamos que al Doctor Enrique Inglesias le ha tocado asumir la Presidencia del BID en momentos bastante difíciles para la región y para el Banco y confiamos plenamente en que por su conocimiento de nuestros problemas, su fino sentido diplomático y su extraordinaria capacidad negociadora, puede aportar la luz necesaria para concertar las posiciones encontradas. Debemos abocarnos a trillar nuevos rutas para alcanzar las metas de crecimiento y una más justa distribución de los resultados que con tanta esperanza anhelamos todos los Latinoamericanos.

Señor Presidente, permítame terminar estas palabras reiterando la formal petición que presenté en nuestra Vigésimo Novena Reunión, para que la República Dominicana sea sede de la Asamblea de Gobernadores del BID que se convocará para el año 1992. El territorio dominicano fue durante muchos años la cuna de la civilización y evangelización del Nuevo Mundo.

Sirvió de punto de partida de lengendarios guerreros para la conquista de ese gran Continente Americano, siendo en esa época asiento de una cultura que a través del océano nos llevaron intrépidos navegantes. Por tanto, en nombre de Su Excelencia, el Presidente de la República Dominicana, Dr. Joaquín Balaguer, nueva vez solicitamos de este cónclave, que nuestro país sea escogido como sede de la Asamblea Anual de Gobernadores del BID para 1992, fecha histórica en que se conmemorará el V Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América que celebraremos trasladando los restos del gran visionario y descubridor Don Cristóbal Colón, desde nuestra Catedral Primada de América, hacia el "Faro a Colón", monumento que será un legado para todos los países del Continente Americano.

Finalmente quisiéramos, Señor Presidente, compartir con esta Asamblea tres reflexiones y una anécdota. Cuando Leopoldo Lugones, un poeta argentino cuestionó a Ruben Darío sobre el porqué de escribirle una Oda al Aguila Rampante del Norte, en obvia alusión a los Estados Unidos de América, Darío le contestó diciéndole que "Lo cortés no quitaba lo Condor", ave símbolo de algunos países Latinoamericanos.

Como lo cortés no quita lo Condor, primera reflexión: Nuestros amigos de los países industrializados deberían recordar que todos los países de la región cayeron a los niveles de 1979 en cuanto a su ingreso real per cápita. Países grandes de la región habiendo aplicado todas las políticas de ajustes que le fueron requeridas, tienen seis años sin crecimiento. América Latina ha llegado a la fatiga del ajuste.

Segunda reflexión: Los países extraregionales deberían asumir un rol más dinámico en el BID y dentro de la región. Sólo por mencionar dos, están Canadá en el Continente, y Japón fuera de él.

Tercera reflexión: Si la solución a los problemas de la región fuese volver al espíritu de Bretton Woods, cabría preguntarse cómo entonces ha llegado el Continente a la situación actual? 1989 espera algo más que el Plan Baker y algo más que el Plan Brady. América Latina espera una respuesta que desborde los planes esbozados. Una respuesta más vigorosa del universo de los países industrializados, al gran problema de la deuda externa.